

A la manera de Jano

Gioconda Belli
Blanca Castellón

DIALOGAR ES UNA FORMA DE VER AL OTRO Y DE MOSTRARSE A SÍ MISMO. DOS IMPORTANTES POETAS NICARAGÜENSES DE DISTINTAS GENERACIONES HABLAN DE ELLAS Y DE LOS MUNDOS QUE LES SON PROPIOS.

BLANCA CASTELLÓN: Después de más de un siglo en que la grandeza expresiva de un nicaragüense sacudiera los linos almidonados del idioma y tomara posesión como ciudadano dilecto de la lengua española, destaca en su tierra natal la voz de una cachorra de los mil que dejó sueltos el León Español.

GIOCONDA BELLI: (Aunque más que de cachorra, me han acusado de leona y más bien de león por la cantidad de pelo que rodea mi cara, quiero apuntar la gracia de Blanca para escribir eso de los «linos almidonados del idioma», imagen que sirve muy bien para introducirlo a uno en su manera de hacer poesía, que es un modo irónico muy de ella; una ironía que permea cuanto escribe y que surge de una manera irreverente y fresca de ver la vida y de reírse de las solemnidades no porque se sienta superior a ellas, sino porque las ve con una mirada aguda, pero a la vez dulce, sin sarcasmos auto-suficientes.)

BC: Gioconda Belli es la primera mujer nicaragüense que se acerca a Darío en su universalidad y con Sor Juana fuerte y Cervantes itinerante, evoluciona en audaz cosmopolita, ciudadana de varias lenguas, nacionalizada en el paraíso de la sensualidad, establecida en el sagrado territorio de su «ALEPH» particular desde donde ha venido contemplando el universo de la feminidad con su engranaje mágico y poderoso. Ese quizás ha sido el secreto que ha fortalecido su obra y le dio las alas para cruzar océanos y continentes.

GB (Imagen de la feminidad es Blanca, cuyo nombre habrá nacido del presagio sabio de su madre que la supo presentir antes de verla emerger de su niñez con sus grandes ojos y su lacio pelo rubio, tan parecida a la Alicia de Lewis Carroll, y con esa misma tenacidad y curiosidad para perseguir conejos fugaces y caer en picada por troncos de árboles huecos para conocer a gatos risones y sombrero locos y sacar de esos viajes surrealistas de su imaginación el bordado de una poesía que nunca deja de sorprender en su manera de alterar sutilmente la realidad haciendo que lo fantástico quepa dentro de sus rutinas de mujer con la naturalidad con que pasa el hilo por el ojo de la aguja.)

BC: Todos sabemos que igual nos topamos *Apogeo* o *El Pergamino de la Seducción* –por mencionar algunos– en una librería norteamericana, mexicana o argentina, que en una española o alemana. He tenido la gratísima experiencia de encontrar en aeropuertos a viajeros inteligentes devorándolos o a la dependienta de una tienda en tierras lejanas con algún libro de Gioconda en las manos y al escuchar mi deje nicaragüense emocionarse hasta el abrazo.

GB: (Habla de mi universalidad, pero ella tiene la propia, aunque de la suya haga risa y broma porque no es que no se tome en serio, pero tampoco se toma todo lo serio como si realmente lo fuera. Me imagino el abrazo con la dependienta y su gran sonrisa, porque Blanca es una mujer de profunda hospitalidad, su casa siempre abierta para sus amigos, centro de reunión de poetas amantes del vino y de todo lo que ella prepara y presenta bien adornado pero sin aspavientos, en el estudio lleno de libros por el que transcurre, como un invitado más, su perro viejo al que le ha escrito muchos poemas agradeciéndole que la acompañe y le sostenga la mirada que ella le fija encima cuando está pensando en flotaciones y espíritus puros e impuros.)

BC: Gracias a Gioconda –que retoma la antorcha encendida– nuestra poesía sigue virando los ojos del mundo hacia este ombligo de América despertando admiración y no pesar por la injusta pobreza, la violencia o el repetido castigo de la naturaleza. No en vano otro de nuestros poetas iluminados dejó dicho que la literatura es nuestro mejor producto de exportación.

Conocí a la Gioconda de carne, hueso y cabellera andante, mucho tiempo después que a su poesía. De dos en dos de cinco en

cinco de diez en diez había subido ya los escalones de su obra en prosa o verso impregnada siempre de libertad y armonía. Cuando la vi por primera vez durante una lectura pública, me impactó tanto su voz como su silencio; aun callada me pareció ella misma un lenguaje que todo espectador comprende.

Gioconda suele llenar el recinto de una rara sustancia existencial, de un aroma a selva y cosmos, sobre todo a honestidad, que según la Marcela de Cervantes es «una de las virtudes que al cuerpo y al alma más adornan y hermocean», la misma Marcela de la que Gioconda toma fuego y espada para bautizar su último libro merecedor del importante XXXVIII Premio Ciudad de Melilla que robustece el orgullo patrio de los nicaragüenses.

GB (Me encanta el cumplido y se lo devuelvo a Blanca porque yo en ella percibo lo mismo; que no hay doblez en su corazón y que ella es como su poesía: leve y transparente sin dejar de ser profunda. Y puesto que estamos en las impresiones, debo decir que de Blanca siempre me ha impresionado su capacidad histriónica. Si no fuera poeta, podría haber sido una gran actriz porque tiene un don especial para encarnar la multitud de personajes que la habitan, desde la perfecta casada, hasta la colegiala aventajada que, a la hora de clase, no teme preguntar cualquier cosa porque no conoce el miedo. Esa capacidad de transmutarse y actuar con que distrae a los amigos es otra dimensión de sí misma que, como su poesía, apunta a señalar los absurdos deliciosos de la vida en los que ella se regodea y de los que se inspira para crear ese universo Magritte, o mejor dicho Blanquitte.)

BC: Para conocer más a nuestra poeta de perfil y de frente hay que llamarla, preguntarle, traerla ante vosotros, virtual, ubicua, audaz cosmopolita. Ponga ella misma con su canto y encanto medula espinal a esta doble semblanza, sea llave y varita para entrar en su mito.

Gioconda, recién acabo de leer «Fuego Soy, apartado y espada puesta lejos» y me ha resultado como un árbol de hermoso follaje y abundante frutos donde cada hoja deja entrever un rincón de tu íntima evolución con el paso del tiempo. El título de tu nuevo libro me sugiere una especie de jubilación del erotismo con el que suelen estigmatizar tu poesía (aunque la sensualidad se instala como siempre y salta en cada verso) ¿Por que apartar el fuego

que te ha acompañado desde el principio de tu oficio y poner lejos la espada de la que te has servido para rozar las espinas del camino hacia el reconocimiento internacional de tu obra? ¿Qué intenciones, querencias o nostalgias hay detrás del título que escogiste?

GB: El título es una cita de un parlamento de la Pastora Marcela en *Don Quijote*. Nuestro poeta, Carlos Martínez Rivas lo utilizó como epígrafe en su poemario *La Insurrección Solitaria*. Desde que lo leí allí, a mis veintitantos años, me gustó y lo retomé para este poemario porque sentí que reflejaba exactamente mi estado de ánimo. Creo que esta época de mi vida es muy hermosa. Si fuera un río diría que he pasado los rápidos, las cataratas y me encuentro en un recodo plácido y tranquilo del camino donde me asomo al espejo de mis propias aguas y me solazo en profundizar mi mirada para ver el fondo de cuanto he venido acumulando en mi torrente. Ya no me interesa tanto el deslumbramiento o deslumbrar, ni la conquista que la espada simboliza, y no es porque no haya disfrutado el tiempo en que di rienda suelta al fuego y a la espada, sino porque estoy aprendiendo el gozo de la mansedumbre, de la vida del eremita, del tiempo acumulado como un tesoro con baúles llenos de cosas que se pueden tocar y saborear para, de cierta manera, revivir lo vivido desde otra perspectiva. El erotismo no se ha jubilado. Más bien diría yo que ha encontrado el júbilo íntimo de la pasión que es distinto al ardor, a la llamarada. Me ha parecido importante, puesto que mi poesía ha recorrido la vida conmigo registrando las experiencias del binomio inseparable cuerpo-espíritu, registrar los cambios físicos y mentales que surgen con la madurez. Pienso que, en general, las mujeres tememos estos cambios más que los hombres. Los tememos porque vivimos en sociedades donde se nos ha enseñado que nuestro valor depende de la belleza física y del atractivo sexual. Ir envejeciendo es aceptar que ambas cosas, efectivamente, se transforman y que uno, como producto que es de la sociedad, muchas veces cae en la trampa de sentirse minimizada, marginada, invisible, en la medida en que se ve obligada a aceptar esta transformación. De hecho, tantos hombres como mujeres, llegamos a un momento de nuestras vidas en que finalmente nos percatamos de que la vida no es eterna. Ese momento es duro. La vida se rebela contra la idea de la muerte. El

cuerpo se rebela contra la idea de la vejez y la decrepitud. En esta época somos jóvenes más tiempo que nuestros abuelos y hasta nuestros padres, pero ninguna medicina, ni cirugía, ni nada, nos exime –afortunadamente– de vivir más allá de la juventud. Entonces, uno tiene que meditar sobre quién va a ser uno cuando deje de ser esa imagen de uno mismo que creyó duraría para siempre. Uno tiene que meditar sobre el proyecto de vida que le corresponde cuando ya no hay años sin cuento por delante para llevarlo a cabo. Hay toda una reformulación existencial que, usualmente, se realiza en silencio y de manera dolorosa y vergonzante, porque la verdad es que la mirada de la sociedad no es muy dulce para con la madurez, y ya no digamos la vejez y la ancianidad. Por eso yo sentí que debía abordar el tema y no tenerle miedo. Y lo abordé en este libro pienso que con optimismo y con sana rebeldía, pero llamando al pan pan y al vino, vino.

Y vos, Blanca, ¿de dónde sentís que nace tu impulso poético? ¿Esas imágenes que parecen provenir de una espontaneidad inusitada son realmente espontáneas o hay en ellas un proceso que, más allá del juego de palabras, selecciona, descarta, ensaya?

BC: En el principio, las musas con frecuencia bajaban a recogerme y me tenían de obsequio un cofrecito colmado de postales de la otra orilla, yo las tomaba y las colocaba como en un álbum sobre las hojas blancas. Pero luego empecé hacer recortes con sus figuras, colorearlas con mis crayolas y disgustadas fueron restringiendo sus visitas. Hoy por hoy, tengo que llamarlas a gritos desde la profundidad del silencio. Me hacen esperar y cuando llegan me encuentran con el poema a medio dorar o ya «well done» y si bien sirven de brasas, ya no me abrazan con el mismo furor.

La verdad -sin resentimiento por su cada vez mas notoria indiferencia- ya no las necesito tanto. He cambiado la espontaneidad que me ofrecían por el reciclaje de mis conflictos internos y externos, por mis ilusiones, pérdidas y ganancias, placeres y sufrimientos, por la ingestión e indigestión de los frutos del bien y el mal, por el abuso de la contemplación. De ahí surgen sorpresas e incoherencias que acomodo a mi gusto. El proceso de la vida con sus giros y arrebatos va procesando mis versos, ahora el tiempo no me deja en paz (huésped de tiempo completo) y se sienta conmigo a seleccionar, descartar, ensayar. Siempre es un juego, pero al mejor